



VOL: AÑO 1, NUMERO 2

FECHA: OTOÑO 1986

TEMA: POLITOLOGIA CONTEMPORANEA

TITULO: **Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos: Alegato en favor del individualismo metodológico [\*]**

AUTOR: *Jon Elster [\*\*]*

SECCION: Notas y traducciones

## TEXTO

¿En qué deberá consistir la relación entre el análisis social marxista y la ciencia social burguesa? La respuesta es obvia es: en conservar y desarrollar lo valioso, criticando y rechazando lo que carece de valor. La ciencia social marxista ha seguido sin embargo el camino opuesto. Al asimilar los principios de la sociología funcionalista, reforzada por la tradición hegeliana, el análisis social marxista ha adquirido una teoría aparentemente sólida que en realidad fomenta un pensamiento abúlico y aproblemático. Por el contrario, prácticamente todos los marxistas han rechazado la teoría de elección racional en general y la teoría de juegos en particular. Y, sin embargo, la teoría de juegos es inestimable para cualquier análisis del proceso histórico que se centre en la explotación, la lucha, las alianzas y la revolución.

Esta cuestión está relacionada con el conflicto en torno al individualismo metodológico, rechazado por muchos marxistas que lo asocian equivocadamente al individualismo en un sentido ético o político. Por individualismo metodológico entiendo la doctrina de que todos los fenómenos sociales (su estructura y su cambio) sólo son en principio explicables en términos de individuos (sus propiedades, sus objetivos y sus creencias). Esta doctrina no es incompatible con ninguno de los siguientes enunciados verdaderos: a) Los individuos tienen a menudo objetivos que afectan al bienestar de otros individuos. b) A menudo tienen creencias relativas a entidades supraindividuales que no son reductibles a creencias relativas a individuos. El enunciado "Los capitalistas temen a la clase obrera" no puede ser reducido a los sentimientos de los capitalistas hacia los obreros individuales. En cambio, el enunciado "La ganancia de los capitalistas se ve amenazada por la clase obrera" puede ser reducido a un enunciado complejo relativo a las consecuencias de las acciones llevadas a cabo por obreros individuales [1]. c) Muchas de las propiedades de los individuos, como la de ser "poderosos", son irreductiblemente relacionales, de forma que una descripción exacta de un individuo puede exigir una referencia a otros individuos [2].

La insistencia en el individualismo metodológico lleva a una búsqueda de microfundamentos para la teoría social marxista. La necesidad de tales fundamentos es en la actualidad ampliamente reconocida, pero ni mucho menos universalmente, por lo que escriben sobre teoría económica marxista [3]. La teoría marxista del Estado o de las ideologías se encuentra, en cambio, en un estado lamentable. En particular, los marxistas no han aceptado el reto de mostrar cómo se crea y se refuerza la hegemonía ideológica al nivel del individuo. La psicología social debería ser a la teoría marxista de la ideología lo que la microeconomía es a la teoría económica marxista [4]. Sin un profundo conocimiento de los mecanismos que actúan al nivel individual, las grandes

reivindicaciones marxistas acerca de las macroestructuras y el cambio a largo plazo están condenadas a permanecer en un nivel especulativo.

### La miseria del marxismo funcionalista

El análisis funcional [5] en sociología tiene una larga historia. El origen de la explicación funcionalista es probablemente la teodicea cristiana, que alcanza su punto culminante en Leibniz: todo es para bien en el mejor de los mundos posibles: cada aparente mal tiene, desde una perspectiva más amplia, buenas consecuencias y ha de ser explicado por tales consecuencias. Su primer defensor secular fue tal vez Mandeville, cuya consigna "vicios privados, beneficios públicos" prefigura el concepto de Merton de función latente. Debemos a Mandeville el "paradigma funcional débil": una institución o un modelo de conducta tiene a menudo consecuencias que a) son beneficiosas para una estructura económica o política dominante; b) no son buscadas por los actores, y c) no son reconocidas por los beneficiarios como debidas a esa conducta. Este paradigma, al que también podríamos llamar paradigma de la mano invisible, se puede encontrar en todas las ciencias sociales. Obsérvese que no ofrece explicación alguna de la institución o conducta que tiene tales consecuencias. Si utilizamos el término "función" para denominar a las consecuencias que satisfacen la condición a) y "función latente" para denominar a las consecuencias que satisfacen las tres condiciones, podemos proceder a enunciar el "paradigma funcional principal": las funciones latentes (si es que las hay) de una institución o conducta explican la presencia de esa institución o conducta. Finalmente está el "paradigma funcional fuerte": todas las instituciones o modelos de conducta tienen una función que explica su presencia.

Leibniz invocó el "paradigma fuerte" a escala cósmica; Hegel lo aplicó a la sociedad y la historia, pero sin el sustrato teológico que podría justificarlo. Althusser considera meritorio el reconocimiento de Hegel de que la historia es un "proceso sin sujeto", aunque para Hegel el proceso sigue teniendo un objetivo. De hecho un rasgo característico tanto del paradigma principal como del fuerte consiste en postular un propósito sin actor proponente o, en términos gramaticales, un predicado sin sujeto. (En los pensadores funcionalistas es característico el uso de la voz pasiva). Denominaré a estos procesos guiados por un propósito sin un sujeto intencional teleología objetiva. Habría que distinguirlos tanto de la teleología subjetiva (actos intencionales con un sujeto intencional) como de la teleonomía (conducta adaptativa configurada por la selección natural). La principal diferencia entre la teleología subjetiva y la teleonomía es que la primera, pero no la segunda es capaz de esperar y utilizar estrategias indirectas de la forma "un paso atrás, dos pasos adelante" [6]. En la medida en que el "paradigma funcional principal" recurre a la teleonomía, como en la explicación de la conducta del mercado a través de un modelo de competencia entre empresas basado en la selección natural, no se le puede hacer objeción alguna. En los casos, mucho más numerosos, en que no existe ninguna analogía con la selección natural, las funciones latentes no pueden explicar sus causas [7]. En particular, las consecuencias positivas a largo plazo, no intencionales y no reconocidas de un fenómeno no pueden explicarlo cuando sus consecuencias a corto plazo son negativas [8].

Volviendo a los ejemplos de análisis funcional en la ciencia social no marxista, consideremos este enunciado de Lewis Coser: "El conflicto dentro de las estructuras burocráticas y entre ellas proporciona el medio de evitar la osificación y el ritualismo que amenazan a su forma de organización" [9]. Si en lugar de "proporciona el medio de evitar", Coser hubiera escrito "tiene la consecuencia de reducir", no tendríamos nada contra él desde un punto de vista metodológico. Pero su redacción de la frase implica una teleología objetiva, una simulación de una adaptación intencional humana sin una especificación del mecanismo simulador. Alexander J. Field ha observado que una

explicación funcional similar se esconde tras la "interpretación económica de la ley" de la escuela de Chicago [10]. Consideremos este enunciado de Richard Posner, que nos proporciona un ejemplo un tanto grotesco:

La base económica para prohibir la disolución del matrimonio por consideración a los hijos se debilita si los padres aman al hijo, pues entonces el coste de la disolución para el hijo será sopesado por los padres a la hora de decidir si se divorcian o no, y sólo se divorciarán si lo que ellos ganan con el divorcio supera a lo que le cuesta al hijo, en cuyo caso el divorcio maximizará el bienestar. Si, como se sugirió anteriormente, el amor es un factor de creciente importancia en la producción de hijos, esto podría contribuir a explicar por qué la ley tiende a fijar criterios más flexibles para el divorcio [11].

Posner y su escuela se inclinan de hecho por el "paradigma funcional fuerte", que la mayoría de los sociólogos han abandonado por el "paradigma principal", más sutil. Merton, principal exponente del "paradigma principal", es también un feroz crítico del "paradigma fuerte" [12]. Sin embargo, en la ciencia social marxista y radical prosperan tanto el burdo "paradigma fuerte" como el menos burdo (pero igualmente falaz) "paradigma principal". Aunque lo que me interesa sobre todo es el marxismo, tal vez vengan bien algunos comentarios sobre el enfoque radical, estrechamente relacionado con aquél. Este enfoque, ejemplificado en la obra de Michel Foucault y Pierre Bourdieu, tiende a ver cada nimio detalle de la acción social como parte de un vasto proyecto de opresión. Podemos tomar como ejemplo la afirmación de Bourdieu en el sentido de que cuando los intelectuales juegan con el lenguaje e incluso violan deliberadamente las reglas gramaticales, ésta es una estrategia destinada a excluir a los pequeñoburgueses aspirantes a intelectuales, quienes creen que la cultura puede ser asimilada mediante el aprendizaje de unas reglas y se sienten perdidos cuando comprenden que es más bien una cuestión de saber cuándo hay que quebrantarlas [13]. Esto suena a visión conspirativa, pero de hecho tiene más que ver con el funcionalismo, como se puede deducir del incesante uso que hace Bourdieu de la expresión "tout se passe comme si" [14]. Si parece como si los intelectuales no opinaran nada pero conservaran su monopolio, entonces, objetivamente, esto debería ser lo que explica su conducta. Este argumento es una analogía teórica de la envidia, que surge cuando "nuestra incapacidad real de adquirir un bien es erróneamente interpretada como una acción positiva en contra de nuestro deseo" [15].

Marx reconoció el "paradigma funcional débil", pero argumentó que lo que Sartre llama "contrafinalidad" -la producción sistemática de consecuencias que son perjudiciales, pero no intencionales ni reconocidas- era igualmente importante. Además, se le puede atribuir con toda seguridad el "paradigma funcional principal" y, al menos en un pasaje, también el "paradigma fuerte". En las Teorías sobre la plusvalía [16], Marx reconstruye el núcleo racional del argumento de un adversario:

1 (...) en la sociedad burguesa se condicionan mutuamente las diversas funciones:

2 (...) las contradicciones en la producción material hacen necesaria una superestructura de estamentos ideológicos, cuyos resultados -sean buenos o malos- [deben considerarse] buenos puesto que son necesarios;

3 (...) son todas funciones al servicio del capitalista, que redundan en beneficio de éste;

4 (...) sólo deben reconocerse y disculparse ante el burgués aquellas producciones espirituales, incluso las más altas de todas, que se exponen y demuestran falsamente como productoras directas de riqueza material.

Aunque el contexto es ambiguo y el texto está lejos de ser claro, una lectura plausible sugiere el "paradigma fuerte". Todas las actividades benefician a la clase capitalista, y estos beneficios explican la presencia de tales actividades. Esta visión conspirativa del mundo, en la que todas las actividades aparentemente inocentes, desde la comida en el campo del domingo hasta la asistencia sanitaria de los ancianos, son explicadas por su función para el capitalismo, no es sin embargo omnipresente en la obra de Marx. Mucho más arraigado está el "paradigma principal", desde el nivel de la filosofía de la historia hasta los detalles de la lucha de clases.

Marx tenía una teoría de la historia incrustada en una filosofía de la historia: una teoría empírica de los cuatro modos de producción basada en la división en clases y una idea especulativa de que antes y después de esta división hubo y habrá una unidad. En esta última idea está también claramente presente la noción hegeliana o leibniziana [17] de la que la división es necesaria para conseguir la unidad y puede ser explicada por esta función latente. La teleología objetiva de Marx es especialmente notable en los cuadernos de 1862-63, de los cuales el tercio central fue publicado con el título de Teorías sobre la plusvalía, mientras el resto sólo ahora está empezando a ser asequible [18]. Consideremos en particular el argumento de que

La unidad originaria entre el trabajador y las condiciones de trabajo (...) presenta dos formas fundamentales (...) Ambas son formas infantiles y poco adecuadas para que el trabajo se desarrolle como trabajo social y se desarrolle, con él, su productividad. De ahí la necesidad de este divorcio, de este desgarramiento, de este antagonismo entre el trabajo y la propiedad (...) La forma extrema de este desgarramiento en la que, al mismo tiempo, las fuerzas productivas del trabajo social se hallan más poderosamente desarrolladas, es el capital. La unidad originaria sólo puede reestablecerse sobre la base material así creada y por medio de las revoluciones por las que, en el proceso de esta creación, pasan la clase obrera y toda la sociedad [19].

En otro lugar, Marx afirma que "en la medida en que es la coerción del capital la que impone a la gran masa de la sociedad este (plustrabajo) más allá de sus necesidades inmediatas, el capital crea cultura y ejerce una función histórica y social" [20]. También cita uno de sus poemas preferidos de Goethe:

Sollte diese Qual uns quälen,  
Da sie unsre Lust vermehrt,  
Har nicht Myriaden Seelen  
Timur's Herrschaft aufgezehert? [21]

Es difícil, aunque tal vez no imposible, interpretar estos pasajes a no ser como enunciados de una teleología objetiva. Marx, como todos los hegelianos, estaba obsesionado por el significado. Si la sociedad y la explotación de clase son necesarias para la creación del comunismo, esto les da un significado que también tiene capacidad explicativa. Como continuación directa de esto, Marx puede también afirmar que diversas instituciones de la era capitalista pueden ser explicativas por sus funciones para el capitalismo, como en este análisis de la movilidad social:

Y esta circunstancia que tanto admiran los apologistas económicos, la de que un hombre sin fortuna pero con energía, solidez, capacidad y conocimiento de los negocios pueda convertirse de esta suerte (es decir, recibiendo crédito) en capitalista -así como, en general, en el modo capitalista de producción se estima con mayor o menor acierto el valor comercial de cada cual-, esa circunstancia, aunque haga salir constantemente a la liza, frente a los capitalistas individuales ya existentes, una nada bienvenida cohorte de nuevos caballeros de industria, consolida el dominio del propio capital, amplía sus bases y

le permite reclutar fuerzas siempre renovadas procedentes del sustrato social. Exactamente como la circunstancia de que, en la Edad Media, la Iglesia católica formara su jerarquía sin tener en cuenta estamento, cuna o fortuna, recurriendo a las mentes mejor dotadas del pueblo, constituyó uno de los medios principales para consolidar la dominación clerical y el sojuzgamiento del estado laico. Cuanto más capaz sea una clase de incorporar a los hombres más eminentes de las clases dominadas, tanto más sólida y peligrosa será su dominación [22].

Al utilizar la palabra "medios" en la penúltima frase, Marx sugiere que los efectos beneficiosos de la movilidad también la explican. En este caso, la aserción explicativa, aunque no esté justificada, no podría ser cierta, porque la Iglesia católica era de hecho un órgano corporativo, capaz de promover sus intereses mediante una acción deliberada. Esto no puede ocurrir con la movilidad social en el capitalismo, ya que la clase capitalista no es en este sentido un órgano corporativo que configure y canalice todo en su propio beneficio. El hecho de que esta movilidad pueda tener consecuencias favorables para el "capital" no viene al caso, ya que el capital no tiene ojos que vean ni manos que muevan. En realidad, la escuela alemana de la "lógica del capital" representa una flagrante violación del principio del individualismo metodológico cuando afirma o sugiere que las necesidades del capital de alguna forma provocan su propia satisfacción [23].

Sin embargo, hay una forma en la que la clase capitalista puede promover sus intereses colectivos: a través del Estado. Aquí nos enfrentamos con la dificultad de especificar el carácter capitalista del Estado en una sociedad capitalista. Marx no creía que los Estados concretos del siglo XIX fueran un resultado y un incremento directos del dominio de la clase capitalista. Por el contrario, argumentaba que a la clase capitalista le interesaba tener un gobierno no capitalista: el dominio de la aristocracia en Inglaterra, el del emperador y su burocracia en Francia. Para los capitalistas ingleses era útil dejar que la aristocracia permaneciera en el poder, de forma que la lucha política entre dominadores y dominados difuminara los contornos de la lucha económica entre explotadores y explotados [24]. De forma similar, el capitalismo en el continente europeo sólo pudo sobrevivir con un Estado que aparentemente estaba por encima de las clases. En estos análisis, Marx afirma que el Estado no capitalista fue beneficioso para el capitalismo. No dicen ni sugiere jamás que este beneficio fuera provocado deliberadamente por la clase capitalista, pero sí insinúa que explica la presencia del Estado no capitalista:

La burguesía (...) confiesa que su propio interés le ordena esquivar el peligro de su gobierno propio, que para poder imponer la tranquilidad en el país tiene que imponérsela ante todo a su parlamento burgués, que para mantener intacto su poder social tiene que quebrantar su poder político; que los individuos burgueses sólo pueden seguir explotando a otras clases y disfrutando apaciblemente de la propiedad, la familia, la religión y el orden bajo la condición de que su clase sea condenada con las otras clases a la misma nulidad política; que, para salvar la bolsa, hay que renunciar a la corona, y que la espada que había de protegerla tiene que pender al mismo tiempo sobre su propia cabeza como la espada de Damocles [25].

Desafío a cualquiera a leer este texto sin interpretarlo como una explicación del régimen bonapartista. ¿Qué otra cosa es sino una explicación funcional? El Estado anticapitalista es la estrategia indirecta por la cual los capitalistas conservan su dominación económica: un paso atrás, dos pasos adelante. Pero una explicación en términos de las funciones latentes no puede nunca recurrir a consideraciones estratégicas de este tipo. El "funcionalismo a largo plazo" adolece de todos los defectos de las explicaciones funcionales ordinarias, y en especial del problema de un propósito en busca de actor proponente. Además, es arbitrario porque la manipulación de la dimensión temporal casi siempre nos permite encontrar un aspecto en el que un determinado modelo es bueno

para el capitalismo; es ambiguo porque la distinción entre corto y largo plazo puede ser interpretada como una distinción entre efectos transitorios y efectos permanentes, o como una distinción entre dos tipos de efectos permanentes [26], y es inconsecuente porque unos efectos positivos a largo plazo nunca podrían dominar a unos efectos negativos a corto plazo si no hay un actor intencional. Así pues, no es posible identificar al Estado en una sociedad capitalista como un Estado capitalista simplemente en virtud de sus consecuencias favorables para la dominación económica burguesa.

Paso ahora de Marx a algunos escritos marxistas recientes. Consideremos en primer lugar algunos escritos de historiadores marxistas. En un estudio por lo demás importante, John Forster emplea el siguiente argumento:

La función básica de la organización social feudal era, pues, mantener precisamente el equilibrio entre población y tierra que (dadas las condiciones tecnológicas) produjera el mayor excedente feudal posible (. . .) Esto bastaba para asegurar que el matrimonio y la procreación (de los campesinos) siguieran estando estrechamente vinculados (por la práctica consuetudinaria y por la religión) a la herencia de la tierra, y confirmar en que el interés de los campesinos hiciera el resto [27].

¿Cuál es el sujeto de los verbos "asegurar" y "confiar" en la última frase? Este es claramente un caso de teleología objetiva, de acción en busca de actor.

E.P. Thompson escribe que en la Inglaterra preindustrial hubo revueltas periódicas que, aunque habitualmente no consiguieron sus objetivos inmediatos, a largo plazo lograron que las clases propietarias se comportaran con más moderación de lo que lo hubieran hecho de no haber sido por aquéllas. También parece llegar a la conclusión de que ese logro a largo plazo proporciona una explicación (intencional o funcional) de las revueltas. Es así, en cualquier caso, como yo interpreto su pregunta retórica acerca de si las revueltas "hubieran continuado durante tantas decenas e incluso centenares de años de haber fracasado una y otra vez en alcanzar su objetivo" [28] Si es funcional, la explicación no es válida por razones ya conocidas. Si es intencional, no es válida por razones relacionadas con una diferencia crucial entre la acción individual y la acción colectiva. Si un individuo actúa de una forma que él sabe que le beneficia, podemos llegar a la conclusión de que actúa por su propio beneficio. Pero cuando un grupo de individuos actúan de una forma que les beneficia colectivamente, no podemos llegar a la conclusión de que lo hacen para conseguir ese beneficio [29].

El intento de hallar un significado en la conducta que beneficia los actores puede adoptar una de estas tres formas. En primer lugar, la funcionalista, antes analizada. En segundo lugar, las consecuencias pueden ser transformadas en motivos, como en el ejemplo de Thompson. Esta inferencia, aunque no siempre incorrecta, no está justificada en los casos en que los beneficios sólo surgen si las acciones son ejecutadas por todos los actores afectados, aunque el individuo no tenga ningún incentivo para ejecutarlas. Por ejemplo, para la clase capitalista en su conjunto es beneficioso que todos los capitalistas busquen inventos que ahorren mano de obra, ya que entonces la demanda global de mano de obra y por consiguiente la tasa salarial bajarán. Y tal vez sea cierto que en la historia ha habido una tendencia a buscar inventos que ahorran mano de obra. Sin embargo, los beneficios colectivos no pueden explicar la tendencia, ya que podrían no motivar jamás al capitalismo individual que, en condiciones de competencia perfecta, es incapaz de influir en el nivel salarial general. La tendencia, si la hay, debe ser explicada por otros mecanismos, consecuencias accidentales de los cuales son los beneficios colectivos. En tercer lugar, se puede invocar un proyecto conspirativo y buscar una intención unificadora pero oculta tras la estructura que ha de ser explicada. Así, si un modelo como el de la movilidad social beneficia a la clase capitalista en su conjunto, pero no a los "capitalistas

individuales ya existentes", la explicación basada en la conspiración da por sentado que hay un comité ejecutivo clandestino de la burguesía. No niego que existan conspiraciones, o que su existencia pueda ser demostrada con pruebas indirectas. Simplemente afirmo la necesidad de pruebas -preferiblemente directas o, si no es posible, como puede ocurrir dada la naturaleza del caso, indirectas- que apunten a una mano coordinadora oculta. El hecho de invocar simplemente las consecuencias beneficiosas no proporciona tales pruebas.

Pasando ahora de la historia marxista a la ciencia social marxista propiamente dicha, nos encontramos con un funcionalismo rampante. Las explicaciones funcionales se esparcen por todas partes en la teoría del crimen y el castigo [30], el análisis de la educación [31], el estudio de la discriminación racial [32] y (más importante) el análisis del Estado capitalista, campo en expansión del marxismo durante la última década. No todos los estudios marxistas son víctimas de las falacias funcionalistas antes señaladas, pero la mayoría de los autores marxistas parecen creer que "todo lo que ocurre en una sociedad capitalista corresponde necesariamente a las necesidades de la acumulación de capital" [33], de forma que la "correspondencia entre las acciones (y la estructura) del Estado y los requisitos de la acumulación de capital se da por sentada" [34]. Alternativamente, "se supone que el Estado capitalista es universalmente funcional para reproducir la dominación de la clase capitalista" [35]. Estos trabajos neomarxistas parecen estar guiados por los siguientes principios: i) todas las acciones del Estado sirven a los intereses colectivos de la clase capitalista. ii) Cualquier acción que sirva a los intereses colectivos de la clase capitalista es de hecho comprendido por el Estado. iii) Las excepciones al primer principio se explican por la "relativa autonomía del Estado". iv) Las excepciones al segundo principio se explican por lo que dice Marx en El Dieciocho Brumario: a la burguesía le beneficia políticamente que el Estado no siempre actúe en beneficio económico de la burguesía. Ni que decir tiene que el efecto de las dos últimas cláusulas es el de vaciar prácticamente de contenido a las dos primeras. En un artículo importantísimo, Michael Kalecki [36] planteaba algunas de las cuestiones que han salido a reducir en recientes debates, especialmente en relación con los límites de la intervención del Estado para proteger el capitalismo de sí mismo. Kalecki ofrece tres respuestas a la pregunta de por qué los dirigentes industriales deberían oponerse al gasto del gobierno para conseguir el pleno empleo, las más importantes de las cuales son éstas. En primer lugar,

bajo el sistema del *laissez-faire*, el nivel de empleo depende en gran medida del llamado estado de confianza (. . .) Esto da a los capitalistas un poderoso control indirecto sobre la política del gobierno: todo lo que pudiera quebrantar ese estado de confianza debe ser cuidadosamente evitado, ya que provocaría una crisis económica. Pero una vez que el gobierno aprende el truco de incrementar el empleo mediante sus propias compras, este poderoso mecanismo de control pierde su eficacia. De aquí que los déficits presupuestarios necesarios para llevar a cabo la intervención del gobierno deban ser considerados como peligrosos. La función social de la doctrina de las "finanzas saneadas" es hacer que el nivel de empleo dependa del "estado de confianza".

En segundo lugar, Kalecki afirma que los capitalistas no sólo se oponen a esta forma de superar la crisis, sino que realmente necesitan la crisis: (Bajo) un régimen de pleno empleo permanente, el despido dejaría de desempeñar un papel como medida disciplinaria. La posición social del jefe se vería socavada y aumentarían la seguridad en sí misma y la conciencia de la clase obrera. Las huelgas para conseguir incrementos salariales y mejoras en las condiciones de trabajo crearían tensiones políticas. Es cierto que las ganancias serían mayores en un régimen de pleno empleo de lo que son por término medio en un régimen de *laissez-faire*; e incluso los aumentos en las tasas salariales resultantes de la mayor capacidad de negociación de los trabajadores es menos

susceptible de reducir las ganancias que de incrementar los precios, con lo que sólo afecta negativamente a los intereses de los rentistas. Pero la "disciplina en la fábrica" y la "estabilidad política" son más apreciadas por los dirigentes empresariales que las ganancias. Su instinto de clase les dice que un pleno empleo duradero es perjudicial desde su punto de vista y que el desempleo es una parte integrante del sistema capitalista normal.

A modo de conclusión, Kalecki afirma que "una de las funciones importantes del fascismo, tipificado por el sistema nazi, fue la de eliminar la objeción capitalista al pleno empleo". En la medida en que esta tesis es sólo una variante del dilema inherente a la clase capitalista -*Et propter vitam vivendi perdere causas* [37]- no puede haber objeción alguna a la misma. Como se explica admirablemente en la obra de Amid Bhaduri [38], la clase dominante se enfrenta a menudo a un cambio que ofrece una ganancia económica a corto plazo, pero tiene efectos políticos (y por consiguiente económicos) negativos a largo plazo. Pero Kalecki no dice nunca si su análisis es intencional o funcional, además de ser causal. De hecho defiende una relación causal entre el desempleo y los intereses del capital, pero ¿cómo explican estos a aquél? Como puede suponer cualquier historiador que se precie, son necesarias un montón de pruebas detalladas para que resulte creíble una explicación intencional: de ahí la fuerte tentación de tomar el atajo funcionalista.

Muchos marxistas contemporáneos creen que el Estado tiene tres funciones principales: represión, legitimación y creación de las condiciones para la acumulación. Mientras que los marxistas tradicionales hacen hincapié en la primera función, sus colegas modernos afirman la importancia de la segunda. De hecho, la legitimación es considerada como una "violencia simbólica" que en las sociedades modernas es el equivalente funcional de la represión. El Estado ejerce su función legitimadora a través de los "aparatos ideológicos" (por ejemplo, la educación) y la consecución del bienestar social. La función del Estado en lo que respecta a la acumulación del capital consiste principalmente en ayudar a la clase capitalista a superar los intereses particulares de los capitalistas individuales. De hecho, a veces se dice que el Estado representa al "capital en general", que es (lógicamente) más importante que los muchos capitales individuales [39]. Por supuesto, esto es una drástica violación del principio del individualismo metodológico aquí defendido. Es cierto que a menudo existe la necesidad de una acción capitalista concertada, pero la necesidad no crea su propia satisfacción. La necesaria acción colectiva puede no materializarse aun si es considerada posible y deseable, a causa del problema del francotirador, y a fortiori si la necesidad y la posibilidad pasan inadvertidas. En las sociedades capitalistas se dan continuamente casos de la falta de cartelización, de normalización o de coordinación salarial. Más aún, aun cuando las acciones del Estado sirvan a los intereses del capital frente a los de los capitalistas individuales, hay que aportar pruebas que demuestren que esta consecuencia tiene capacidad explicativa, es decir, que existe un mecanismo por el cual la política del Estado es configurada por los intereses colectivos de la clase capitalista. El mecanismo no tiene por qué ser un proyecto intencional [40], pero hay que aportar algún mecanismo para que la explicación sea tomada en serio.

Ejemplos de análisis funcionalista marxista del Estado abundan en la tradición alemana de Altvater o en la escuela francesa de Poulantzas. En los Estados Unidos, el funcionalismo marxista está perfectamente representado por la influyente obra de James O'Connor, *The fiscal crisis of the State*, de la que está tomado el siguiente pasaje:

La necesidad de desarrollar y mantener un orden social "responsable" ha llevado también a la creación de organismos y programas destinados a controlar políticamente el excedente de población y a frenar la tendencia a una crisis de legitimación. El gobierno intenta administrar y burocratizar (encapsular) no sólo el conflicto entre empresarios y

trabajadores en el sector monopolista, sino también el conflicto sociopolítico que surge entre trabajadores y excedente de población en el sector competitivo. Los organismos específicos para regular las relaciones entre capital y trabajo organizado y no organizado son múltiples y variados (...) Algunos de estos organismos fueron creados primordialmente para mantener el control social del excedente de población (por ejemplo, el Bureau of Family Services, del Department of Health, Education and Welfare); otros sirven principalmente para intentar mantener la armonía entre trabajo y capital dentro del sector monopolista (por ejemplo, el Bureau of Old Age and Survivors Insurance). En ambos casos, el Estado debe permanecer independiente o "distante" de los intereses particulares del capital (que son muy diferentes de los intereses políticamente organizados del capital como clase dominante). El problema básico es conseguir la lealtad de las masas para asegurarse la legitimidad; una relación demasiado íntima entre el capital y el Estado es normalmente inaceptable o inadmisibile para la gente común [41].

Obsérvese la estructura tripartita de los intereses del capital aquí implícita: 1) los intereses del capitalista individual dispuesto a maximizar las ganancias pase lo que pase; 2) los intereses de la clase capitalista, que puede tener que refrenar la codicia del capitalista individual, y 3) el interés del capital, que puede tener que disociarse de los intereses de clase para asegurarse la legitimidad. No es de extrañar que cualquier acción del Estado pueda ser considerada desde una de estas perspectivas. El esquema de O'Connor sugiere el siguiente principio metodológico: si los intereses de clase más burdos no realizan la tarea explicativa, entonces -pero sólo entonces- hay que recurrir a intereses de clase más sutiles. Esto hace que el marxismo sea invulnerable a una falsación empírica y anula su interés científico.

Obviamente, se requiere un enfoque alternativo. Dado que ya he expuesto mis opiniones en otros lugares [42], aquí me limitaré a resumirlas brevemente: 1) Hay tres tipos principales de explicación científica: la causal, la funcional y la intencional. 2) Todas las ciencias utilizan el análisis causal. Las ciencias físicas utilizan exclusivamente el análisis causal. 3) Las ciencias biológicas también utilizan el análisis funcional cuando explican la estructura o la conducta de los organismos por los beneficios que ella tiene para la reproducción. Este procedimiento está justificado por la teoría de la selección natural, según la cual tales efectos beneficiosos tienden a mantener sus propias causas. Por el contrario, el análisis intencional no está justificado en biología, porque la selección natural es básicamente miope, oportunista e impaciente, a diferencia de la capacidad de acción estratégica y paciente inherente a los actores intencionales. 4) Las ciencias sociales hacen un amplio uso del análisis intencional, al nivel de las acciones individuales. Sin embargo, el análisis funcional no tiene cabida en las ciencias sociales porque no existe ninguna analogía sociológica con la teoría de la selección natural. 5) El paradigma adecuado para las ciencias sociales es una explicación mixta, causal-intencional: una interpretación intencional de las acciones individuales y una explicación causal de su interacción. 6) Los individuos interactúan también intencionalmente. Y es aquí -en el estudio de la interacción intencional entre individuos intencionales- donde entra la teoría de juegos. La necesidad de una teoría de juegos se plantea tan pronto como los actores individuales dejan de considerarse unos a otros como restricciones impuestas a sus acciones y empiezan a considerarse unos a otros como seres intencionales. En una racionalidad paramétrica, cada persona se considera a sí misma como una variable y considera a todos los demás como constantes, mientras que en una racionalidad estratégica todos se consideran y consideran a los demás como variables. La esencia del pensamiento estratégico es que nadie puede considerarse como un privilegiado en comparación con los demás: cada uno tiene que decidir partiendo del supuesto de que los otros son racionales en la misma medida que él.

El uso de la teoría de juegos en el análisis marxista

Las premisas básicas de la teoría de elección racional [43] son: 1) que las restricciones estructurales no determinan por completo las acciones emprendidas por los individuos en una sociedad, y 2) que, dentro del conjunto factible de acciones compatibles con todas las restricciones, los individuos eligen las que creen que producirán los mejores resultados. Si se niega la primera premisa, nos queda una variedad de estructuralismo, uno de los elementos cuyo razonamiento está presente en Marx y es desarrollado más plenamente en el estructuralismo francés. Aunque en ocasiones pudiera ser cierto que el conjunto factible se reduce a un solo punto, no se puede defender una teoría general en este sentido, a no ser por el método tolemaico de contar entre las restricciones las preferencias o ideologías. Es cierto que la clase dominante manipula a menudo las restricciones con que se enfrenta la clase dominada para no dejarle ninguna elección, pero esta misma manipulación presupone algún margen de elección para los dominadores. Si se niega la segunda premisa, nos queda una variedad de la teoría de roles, según la cual los individuos se comportan como lo hacen porque han sido socializados para ello y no porque traten de alcanzar algún objetivo: causalidad contra intencionalidad. Frente a esto, yo diría que lo que la gente adquiere mediante la socialización no es una tendencia casi compulsiva a actuar de una forma específica, sino una estructura de preferencias que -con el conjunto factible- hacen que se elija una acción específica. Si la teoría de roles fuera correcta, sería imposible inducir una modificación en la conducta cambiando el conjunto factible (por ejemplo, la estructura de recompensas), pero es evidente que esa manipulación es un rasgo omnipresente de la vida social [44].

La teoría de juegos es una rama reciente y cada vez más importante de la teoría de elección racional, que hace hincapié en la interdependencia de las decisiones. Si toda la violencia fuera estructural, los intereses de clase fueran puramente objetivos y el conflicto de clase no fuera otra cosa que unos intereses de clase incompatibles, entonces la teoría de juegos no tendría nada que ofrecer al marxismo. Pero dado que las clases cristalizan en unos actores colectivos que se enfrentan entre sí por la distribución de la renta y el poder, así como por la naturaleza de las relaciones de propiedad, y dado que también hay relaciones estratégicas entre los miembros de una determinada clase, la teoría de juegos es necesaria para explicar estas complejas interdependencias. En un "juego" hay varios jugadores o actores. Cada actor debe adoptar una acción o una estrategia. Cuando todos los actores han elegido las estrategias, cada uno obtiene una recompensa que depende de las estrategias elegidas por él y por los otros. La recompensa de cada uno depende de la elección de todos. El concepto de recompensa puede ser entendido de forma estricta o de forma amplia. De acuerdo con la interpretación estricta, significa el beneficio material recibido por cada actor. De acuerdo con la interpretación amplia, abarca todo lo que en esa situación tiene un valor para el actor, incluyendo (posiblemente) las recompensas a los otros actores. La recompensa de cada uno depende de la recompensa de todos [45]. Se supone que los actores se esfuerzan por maximizar su recompensa, es decir por provocar una situación que prefieren a otras situaciones. Cuando un actor elige una estrategia, debe tomar en cuenta lo que harán los otros. Una estrategia que es óptima frente a un conjunto de estrategias adoptadas por los otros no es necesariamente óptima frente a otro conjunto. Para llegar a una decisión, el actor tiene, pues, que prever las decisiones de los otros, sabiendo que estos tratan de prever las de él. La elección de cada uno depende de la elección de todos. El triunfo en la teoría de juegos es su capacidad de abarcar simultáneamente los tres conjuntos de interdependencias enunciados en las frases en cursiva [46]. Nada podría estar, pues, más lejos de la verdad que la afirmación de que la teoría de juegos concibe a los individuos como átomos aislados y egoístas.

Un elemento esencial de la situación es la información que poseen los actores sobre los demás. En los juegos con una información perfecta, cada individuo tiene una información

completa sobre todos los aspectos importantes de la situación. Estos aspectos incluyen la capacidad de los otros actores, sus preferencias, su información y la estructura decisiva que plasma los conjuntos de estrategias individuales en unos resultados. La condición de una información perfecta sólo es probable que se de en grupos pequeños y estables o en grupos con una instancia coordinadora. Igualmente crucial es la noción de punto de equilibrio, es decir de un conjunto de estrategias en el cual la estrategia de cada actor es óptima frente a las de los otros. Gracias a esta noción, la teoría de juegos puede evitar la regresión infinita de "yo pienso que él piensa que yo pienso (...)", que infestaba los primeros intentos de entender la lógica de la interdependencia. La noción de solución puede ser definida a través de la de punto de equilibrio. Oficiosamente, la solución a un juego es el conjunto de estrategias hacia el que convergerán tácitamente los actores racionales con una información perfecta. Si sólo hay un punto de equilibrio, éste surgirá automáticamente como la solución: es el único resultado estable, en el sentido de que nadie gana nada de una deserción. Si hay varios equilibrios de este tipo, la solución será la que sea colectivamente óptima: el punto de equilibrio preferido por todos a todos los demás. No todos los juegos tienen soluciones en este sentido.

Tal vez sea útil una breve tipología de los juegos. Una distinción básica es la que existe entre juegos de dos personas y juegos de  $n$  personas, unos y otros importantes para el marxismo. La lucha entre capital y trabajo no es juego de dos personas; la lucha entre los miembros de la clase capitalista es un juego de  $n$  personas. Sin embargo, con frecuencia los juegos complicados de  $n$  personas pueden ser reducidos sin excesiva pérdida de generalidad a juegos más simples de dos personas, jugados entre "yo" y "cualquier otro" [47]. Los juegos más sencillos de dos personas son los juegos de suma nula, en los que las pérdidas de un jugador son exactamente iguales a las ganancias del otro. Esta es la única categoría de juegos que tiene siempre solución. El avance conceptual que hizo posible la verificación de esta proposición fue la introducción de las estrategias mixtas, es decir la elección de una estrategia de acuerdo con alguna distribución (óptima) de las probabilidades. En el póker, por ejemplo, un jugador puede decidir echarse un farol en la mitad de los casos, política realizada lanzando al aire una moneda en cada caso. Aquí el contrincante puede calcular la frecuencia con que el jugador se echará un farol, pero no puede calcular si se lo echará o no en caso determinado. En los juegos de suma variable no sólo la distribución de las recompensas, sino también el volumen del total a distribuir depende de las estrategias elegidas. Estos juegos pueden dividirse a su vez en juegos de pura cooperación y juegos mixtos de conflicto y cooperación (mientras que los juegos de suma nula son juegos de puro conflicto). No todos los juegos de suma variable tienen solución en el sentido antes indicado. Sin embargo, pueden tener una solución una vez que pasamos de los juegos no cooperativos a los juegos cooperativos. En los juegos cooperativos -que no deben ser confundidos con los juegos (no cooperativos) de pura cooperación- hay una elección conjunta y no individual de las estrategias. Los actores pueden coordinar sus elecciones a fin de evitar ciertas combinaciones desastrosas de las estrategias individuales. Si hay una elección entre conducir por la derecha y conducir por la izquierda, los actores pueden ponerse de acuerdo en lanzar una moneda al aire para elegir entre conducir por la derecha y conducir por la izquierda: ésta es una estrategia conjuntamente mixta. Si lanzaran individualmente una moneda al aire tendrían un 50% de probabilidades de terminar chocando.

El valor del enfoque cooperativo en la teoría de juegos es controvertido porque parece plantear una petición de principio al suponer que los acuerdos para cooperar serán cumplidos. Sobre las bases generales del individualismo metodológico, los juegos no cooperativos son más importantes que los cooperativos. Suponer que los actores llegarán a una solución cooperativa es muy similar a suponer que una necesidad funcional creará su propia satisfacción. Por esta razón, y también porque hay muchos conceptos de solución para los juegos cooperativos, habrá que andar con tiento cuando se explique la

aparición de una conducta cooperativa en términos de los juegos cooperativos. Sin embargo el método, debidamente utilizado, puede producir resultados importantes, y en cualquier caso es provechoso para el objetivo del análisis normativo. En los juegos de  $n$  personas, el enfoque cooperativo no implica una cooperación universal, sino más bien la cooperación de algunos actores frente a los otros. La teoría de coaliciones en la teoría de juegos de  $n$  personas es una rama cada vez más importante de la teoría de juegos para el análisis económico, político y normativo [48]. El concepto de solución más simple para tales juegos es el de "núcleo": el conjunto de todas las distribuciones de las recompensas en el que ninguna coalición de individuos puede mejorar su situación actuando por su cuenta. De nuevo, el enfoque cooperativo plantea una petición de principio al suponer que se pueden formar y mantener coaliciones siempre que se necesiten. Y, de nuevo, esto es más una objeción al uso analítico explicativo que al uso normativo de la teoría.

Pasando ahora de la exposición a las aplicaciones analizaré la lógica de la solidaridad y la cooperación dentro de las clases, el problema de las coaliciones entre capitalistas y trabajadores y ciertos aspectos estáticos y dinámicos de la lucha de clases. Todas estas aplicaciones presuponen que hemos dejado atrás -si es que alguna vez existió- el capitalismo de la competencia perfecta y el capital y el trabajo no organizados. La distribución de la renta que surgiría en condiciones de competencia perfecta sirve como base de comparación con la distribución que resulta cuando una de las clases principales, o las dos, se comportan de una forma organizada y estratégica. Si las clases se comportarán o no de esta forma es una cuestión que a su vez ha de ser decidida por el análisis basado en la teoría de juegos. Aquí se define la conciencia de clase como la capacidad de una clase para comportarse como un actor colectivo. Desde un punto de vista operativo, esto significa la capacidad para superar el problema del francotirador. Este problema surge tanto dentro de la clase capitalista como de la clase obrera. Como bien explica Mancur Olson [49], cada trabajador se siente tentado por la perspectiva de ser un francotirador, de beneficiarse de las huelgas realizadas por los otros trabajadores sin tomar él parte en la acción. De forma similar, los capitalistas tropiezan con la misma dificultad por lo que respecta a la cartelización, a la política salarial, etc. Sin embargo, si queremos ir más allá de estas generalidades para llegar al meollo de la cuestión hay que hacer ciertas distinciones. Suponemos que cada actor, dentro de su clase, puede elegir entre una estrategia solidaria (S) y una estrategia egoísta (E). En el juego artificial de dos personas, entre "yo" y "cualquier otro", se pueden distinguir cuatro posibilidades.

- a. Cooperación universal: todos eligen S.
- b. Egoísmo universal: todos eligen E.
- c. El francotirador: "yo" elige E, "cualquier otro" elige S.
- d. El primo: "yo" elige S, "cualquier otro" elige E.

Cada uno de los individuos de la sociedad colocará estos resultados en un determinado orden, de acuerdo con sus preferencias en el papel de "yo". Si excluimos los empates, hay veinticuatro posibles ordenaciones de estas cuatro alternativas [50]. Si descartamos todas aquellas en las que B se sitúa antes que A, cosa que podemos hacer dada la naturaleza del problema examinado, nos quedan doce casos. Si excluimos entonces los casos "masoquistas" en los que D se sitúa por encima de A, nos quedan ocho alternativas. Me limitaré a cuatro casos que ocupan un lugar central en la bibliografía sobre la acción colectiva. También me limitaré a la hipótesis de que cada "yo" considera la situación de la misma manera. Aunque en las situaciones reales lo normal será que haya casos mixtos, el supuesto de la homogeneidad hace más manejable el análisis [51].

El primer caso es el conocido "dilema del prisionero", definido por la ordenación CABD y caracterizado por los siguientes rasgos: 1) La estrategia E es dominante, es decir es la mejor elección para cada actor, independientemente de lo que hagan los otros. Así pues,

aquí no necesitamos establecer un requisito estricto de información para obtener la solución. Igualmente, aquí no es cierto que "la elección de cada uno depende de la elección de todos". Por consiguiente, en cierto sentido es un juego un tanto trivial. 2) La solución al juego es el egoísmo universal, que todos sitúan por encima de la cooperación universal. La racionalidad individual llega al desastre colectivo. 3) La cooperación universal no es individualmente estable ni individualmente accesible: todos darán el primer paso para alejarse de ella y nadie dará el primer paso para acercarse a ella. Podemos aplicar esto a la situación de los trabajadores. Para el individuo carece de sentido ir a la huelga si sus compañeros van, porque si se queda trabajando puede salir beneficiado de la acción de aquéllos y además cobrar (y mucho) durante la huelga, y si sus compañeros no van a la huelga no tiene nada que ganar y mucho que perder de una acción unilateral.

¿Existe una "salida" al "dilema del prisionero"? ¿Pueden los individuos que se encuentran en esta situación superar el dilema y comportarse de forma cooperativa? No existe un consenso al respecto en la amplia bibliografía sobre el tema, pero creo que en el contexto actual hay dos enfoques que destacan como los más prometedores. En el caso de la cooperación de la clase obrera, la explicación más plausible es la del cambio en la estructura de preferencias. Mediante una interacción continuada, los trabajadores terminan por estar más preocupados por los demás y más informados acerca de ellos. La preocupación por los demás cambia la ordenación de las alternativas, y la información acerca de los demás permite a los actores encontrar la solución del juego resultante. Se trata del "juego de la seguridad", definido por la ordenación ACBD, que posee los siguientes rasgos: 1) No hay una estrategia dominante en este juego. El egoísmo es "mi" mejor respuesta al egoísmo; la solidaridad, la mejor respuesta a la solidaridad. 2) El óptimo de la cooperación universal es individualmente accesible 3) El egoísmo universal y solidaridad universal son, pues, ambos, puntos de equilibrio en este juego. Dado que la cooperación universal es preferida por todos al egoísmo universal, la primera se plantea como la solución al juego. 4) Dado que no hay una estrategia dominante, la solución sólo será alcanzada si hay una información perfecta. Una información imperfecta -acerca de las preferencias o de la información- lleva fácilmente a la incertidumbre, la sospecha y la conducta consistente en jugar sobre seguro. Amartya Sen ha afirmado que la Crítica del programa de Gotha, de Marx, puede ser interpretada en términos del "juego de la seguridad" [52]. La solidaridad puede sustituir a los incentivos materiales. Tiendo a creer que en general la solidaridad y la acción colectiva de la clase obrera pueden ser interpretadas en estos términos, aunque posteriormente apuntaré una explicación alternativa.

Aunque el "dilema del prisionero" y el "juego de la seguridad" difieren profundamente en su estructura, podría darse una conducta -en caso de una información incompleta- que hiciera pensar que las preferencias son un "dilema del prisionero" cuando de hecho constituyen un "juego de la seguridad". En la evasión de impuestos o en el uso inferior al óptimo del transporte público, por ejemplo, el resultado observado puede ser la consecuencia de una falta de información más que de un egoísmo de francotirador. Del mismo modo, habría que distinguir las preferencias del "juego de la seguridad" de las del "imperativo categórico", aunque desde el punto de vista de la conducta unas y otras puedan ser indistinguibles. El "imperativo categórico" viene definido por la ordenación ADBC, donde la solidaridad es la estrategia dominante. La historia de la clase obrera muestra, en mi opinión, que la conducta cooperativa suele ser condicional, más que incondicional, es decir suele estar motivada por la preocupación de cada cual por hacer la parte que le corresponde de una tarea común, más que por el espíritu de sacrificio o por la indiferencia hacia las consecuencias reales característicos del "imperativo categórico". De hecho, los actos individuales heroicos de rebelión o desobediencia hacen a veces más mal que bien, si los otros no están dispuestos a seguir el ejemplo, ya que tales actos

pueden proporcionar a las autoridades o a los patrones la excusa que necesitan para tomar medidas aún más enérgicas contra los trabajadores. Creo que esto prueba que la ética individualista de Kant no es apropiada para la acción colectiva [53].

El "juego de la seguridad" también proporciona una interpretación del concepto de significado común de Charles Taylor, destinada a dilucidar el significado del consenso. En su polémica contra el individualismo metodológico, Taylor afirma que hay dos tipos de significado que son irreductiblemente no subjetivos: los significados intersubjetivos y los significados comunes. Los significados intersubjetivos son, más o menos, las reglas de conducta social cuya negación no puede ser generalizada sin que exista una contradicción. De este modo, las promesas han de ser mantenidas, porque la idea de una sociedad en la que las promesas no sean mantenidas jamás es lógicamente contradictoria. Los significados comunes ilustran el "juego de la seguridad". Taylor distingue los significados comunes de los significados subjetivos compartidos diciendo que "lo que requieren los significados comunes es que el valor compartido forme parte del mundo común, que este compartimiento sea compartido a su vez" [54]. La frase que he subrayado equivale a una condición de información perfecta. Para que un consenso sea una fuerza viva, su existencia debe ser conocida. Cada uno actúa de una forma solidaria porque sabe que los otros van a hacer lo mismo. Esta forma de enfocar el consenso nos permite refutar la siguiente afirmación hecha por Taylor:

Los significados comunes, al igual que los significados intersubjetivos, escapan a la corriente principal de las ciencias sociales. No encuentran cabida en sus categorías, pues no son simplemente un conjunto convergente de reacciones subjetivas, sino que forman parte del mundo común. La ontología de la corriente principal de las ciencias sociales carece de una noción de significado que no sea simplemente aplicable aun sujeto individual, de un sujeto que pueda ser tanto "nosotros" como "yo" [55].

La teoría de juegos proporciona lo que Taylor afirma que falta: la noción de un sujeto que pueda ser tanto "nosotros" como "yo". A través de la triple interdependencia que analiza la teoría de juegos -entre recompensas, entre elecciones y entre elecciones y recompensas-, el individuo se presenta como un microcosmos que resume toda la red de relaciones sociales. Una desmitificación similar da sentido a la noción de "grupo" de Sartre, aun cuando éste pretenda que no puede ser traducida al lenguaje "neopositivista" de la "razón analítica" [56].

Arthur Stinchcombe analiza la exposición que hace Trotski de la Revolución de Octubre en unos términos que encajan en este análisis de la solidaridad. La idea clave de la explicación de Stinchcombe es el derrumbamiento de la autoridad en la situación prerrevolucionaria. La antigua autoridad se derrumba cuando resultan concebibles, es decir posibilidades reales, nuevos órdenes sociales. La "Revolución crece mediante la exploración de estas posibilidades y mediante la comunicación de la existencia de estas posibilidades a quienes les apoyarían "si supieran que eran realmente bolcheviques"" [57]. Cuando los obreros y soldados en especial empiezan a creer que el cambio es posible, el cambio resulta posible:

La inconstancia de las masas durante una revolución es, pues, objeto de una interpretación completamente diferente. El sarcasmo de Trotski acerca de la espontaneidad como explicación de los movimientos es esencialmente una afirmación de que las explicaciones de las masas acerca de por qué hacen lo que hacen son sensatas, pero que esta sensatez se basa en su valorización de las probabilidades de que: a) esta institución o autoridad persiga mis objetivos: o b) esta institución o autoridad sea la mejor que probablemente encuentre, porque no hay alternativas posibles o porque las alternativas están en manos del enemigo. Y son estas probabilidades las que fluctúan

violentamente durante una revolución pero son razonablemente estables durante los períodos de tranquilidad gubernamental [58].

Las revoluciones triunfan cuando estas probabilidades dejan de fluctuar violentamente y se acomodan a un modelo nuevo y estable, porque la incertidumbre, la sospecha y el deseo de jugar sobre seguro dejan de ser predominantes. La coordinación tácita que resulta posible cuando las personas comienzan a confiar unas en otras es la condición esencial para una acción colectiva coronada por el éxito. El papel del dirigente revolucionario consiste en proporcionar la información que hace posible esta coordinación tácita, más que en ser el centro del mando y la autoridad. Esta concepción constituye una alternativa a la teoría leninista del dirigente revolucionario. Mancur Olson [59], siguiendo los pasos de Lenin, supone que las únicas estructuras posibles de motivación son el egoísmo del francotirador, característico del "dilema del prisionero", y el altruismo incondicional, característico del "imperativo categórico". Tras rechazar con razón este último como ilusorio y observar que el primero no podrá provocar jamás una acción colectiva, llega a la conclusión de que las huelgas o las revoluciones sólo pueden ser provocadas desde arriba, a través de una disciplina rayana en la coerción. Pero el altruismo condicional del "juego de la seguridad" es también una posible estructura de motivación, que podría llevar a una acción colectiva, mediante una coordinación tácita, con la información proporcionada por los dirigentes.

El problema de la solidaridad de la clase capitalista requiere instrumentos diferentes. Difícilmente podemos suponer que la interacción entre los capitalistas les hará preocuparse unos por otros y cambiará sus motivaciones. Tampoco podemos suponer que la estructura de sus problemas de coordinación es invariablemente la del "dilema del prisionero". En cuanto a la última cuestión, podemos centrarnos en el tema de los inventos que ahorran mano de obra, ilustrado por la ordenación CADB [60]. Este juego tiene el rasgo paradójico de que el óptimo es individualmente accesible, pero no individualmente estable. Cuando todos eligen E, a cada uno de los actores le interesa elegir S, pero cuando todos eligen S, a cada uno le interesa cambiar a S. El juego no tiene solución en realidad. Si ningún capitalista busca inventos que ahorren mano de obra, es de esperar que los salarios aumenten, lo que hace que para el capitalista individual sea racional adelantarse a la subida salarial mediante un ahorro en mano de obra, pero si todos los capitalistas hacen esto, el capitalista individual no tiene ningún incentivo para hacerlo. Claramente esta contradicción inherente ejerce una presión en favor de una acción concertada [61] que puede o no ser realizada.

He supuesto que para los capitalistas individuales existen costes asociados a la búsqueda de inventos que ahorren mano de obra, en contraposición a la búsqueda de inventos en general. Si abandonamos este supuesto, la estructura de interacción resultante adopta la siguiente forma. A cada capitalista le resulta indiferente la elección entre A y B, pero prefiere tanto B como D, entre las cuales la elección le resulta también diferente. Una vez más, esto ofrece un margen esencial para el ejercicio de la dirección. La tarea de los dirigentes empresariales será persuadir a los empresarios individuales de que actúen de una forma que no sea ni dañina ni beneficiosa desde su punto de vista privado, pero que produzca beneficios colectivos cuando sea adoptada por todos. La dirección consiste, pues, en hacer uso de la "zona de indiferencia" de los individuos [62].

Estos problemas apenas son analizados en la bibliografía sobre el tema. En cambio, existen muchos análisis sobre el "dilema del prisionero" capitalista, especialmente en el contexto de la cartelización. La mejor opción para cada empresa es tener una producción elevada con los precios elevados que son posibles gracias a las restricciones que impone el cartel a la producción, pero esta conducta de francotirador hará por supuesto que el cartel se rompa o su previsión impedirá que el cartel se forme. Sin embargo, a veces se

forman carteles sin que se rompan inmediatamente. Esto sucede a menudo a causa de las asimetrías entre las empresas. Una gran empresa tendrá poderosos motivos para adoptar la política del cartel aun si las otras no siguen su ejemplo, porque puede interiorizar una parte mayor de los beneficios [63]. Además, habitualmente tendrá capacidad económica para tomar represalias contra las empresas que no sigan su ejemplo. Pero incluso en los mercados competitivos con muchas empresas idénticas se puede producir una cartelización mediante una acción voluntaria e interesada. Esto puede ser explicado por la teoría de "superjuegos" o "dilemas del prisionero" repetidos [64]. Cuando los mismos actores juegan una y otra vez al "dilema del prisionero", la posibilidad de represalias contra los francotiradores puede hacer que sea racional cooperar. Es fácil comprender que esto sólo sucederá si el número de repeticiones es indefinido. Si los actores saben cuándo acabarán los juegos, no habrá razón alguna para que cooperen en el último de los juegos, porque no se podrán tomar después represalias si fallan. Pero esto significa que, por lo que respecta a la decisión, el penúltimo juego puede ser considerado como el último, al que se aplica el mismo razonamiento, y lo mismo sucede en el argumento que se remonta inexorablemente al primer juego. Según John Boxman, esto explica el fracaso de la Ley de Recuperación Nacional de Roosevelt: "La cooperación voluntaria en el "dilema del prisionero" sólo es posible cuando el superjuego tiene una duración indefinida. La Ley de Recuperación Nacional tenía una fecha de terminación. Por tanto, a todos los que cooperaban condicionalmente les interesaba quebrantar las normas del código antes de que lo hicieran sus competidores" [65].

También es posible explicar en términos de superjuegos la cooperación en la clase obrera, aunque esto resulta menos convincente. Creo que todo el que esté familiarizado con la historia de la clase obrera admitirá que la solidaridad no es simplemente un egoísmo bien entendido a largo plazo. Desde un punto de vista operativo, la cuestión puede ser decidida considerando los casos en los que se sabe que la interacción de la clase obrera tuvo una fecha de terminación, como en el caso de la Ley de Recuperación Nacional, y viendo esto tuvo efectos negativos en la cooperación y la solidaridad. Para que surja la solidaridad entre los trabajadores es crucial que estos interactúen durante algún tiempo, pues de otro modo no tendrán tiempo de configurarse la preocupación y el conocimiento mutuos. Pero no hay razón para creer que la solidaridad requiere una cooperación de duración indefinida, si mi exposición es correcta. En un capitalismo perfectamente competitivo, como he defendido en otro lugar, los trabajadores están doblemente enajenados: con respecto a los medios de producción y con respecto a los productos de su trabajo [66]. La enajenación con respecto a los medios de producción proviene de la enajenación de los trabajadores con respecto a su propia historia, es decir con respecto a las pasadas generaciones de trabajadores que produjeron los medios de producción actualmente utilizados. La enajenación con respecto a los productos proviene de su enajenación con respecto a la clase a la que pertenecen, y permite al capitalista tratar a cada trabajador como si fuera el "trabajador marginal", en el sentido económico de este término, y pagarle de acuerdo con la productividad marginal. Sólo superando esta doble enajenación, tomando posesión de su historia pasada y actuando conjuntamente como clase pueden los trabajadores alcanzar una conciencia de clase que vaya más allá de las reivindicaciones salariales para llevar a cabo una ruptura radical con las relaciones capitalistas.

¿Qué sucede si los trabajadores superan la enajenación con respecto a su clase, pero no la enajenación con respecto a su historia, es decir si perciben la "ilusión marginalista", pero no la "ilusión presentista"? Esta liberación parcial distingue a las modernas sociedades capitalistas en su variante socialdemócrata, en la que las organizaciones de la clase obrera negocian con las asociaciones patronales la división del producto neto. Dado que el supuesto en que se basa esta negociación es que el capitalismo, como "factor de producción" equiparable al trabajo, tiene derecho a una parte del producto, el único

problema que se plantea la lucha de clases es el volumen de esta parte, no su existencia. Tomemos primeramente el caso más sencillo, en el que no tenemos en cuenta la cuestión de la reinversión de las ganancias. En este marco puramente estático, los trabajadores no se preguntan qué uso se da al plusvalor que se les extrae. Si pudieran conseguir todo el producto neto y gastarlo inmediatamente, lo harían. Pero no pueden. El problema, pues, consiste en dividir un producto realizado conjuntamente entre los productores. Es claramente un juego mixto de conflicto-cooperación, en el que las estrategias determinan tanto el producto total como el modo de dividirlo. Ambas partes disponen de amenazas -huelgas y lock-outs- que son habitualmente armas de doble filo: aumentan la probabilidad de conseguir una parte importante del total, pero reducen el total a repartir. En esta negociación cada una de las partes tiene un límite inferior, del que no pueden bajar: la subsistencia para los trabajadores y una ganancia mínima para los capitalistas. Y la suma de estos límites es inferior al total a repartir. En otras palabras, hay un conjunto de posibles divisiones que son compatibles con las últimas reivindicaciones de ambas clases y en torno al cual se produce la negociación.

No hay forma de que los dos grupos puedan converger tácitamente en un par de reivindicaciones que agoten por completo el producto total. El juego no tiene una solución no cooperativa. Serán, pues, consideraciones a un cálculo puramente racional las que decidan el resultado. La teoría de la negociación aborda este problema. Su supuesto general es que los actores deben partir de hipótesis psicológicas acerca de los demás, aun cuando no estén racionalmente justificadas. De hecho, de acuerdo con algunos modelos de negociación, cada actor, en cada etapa del proceso, cree estar por delante del otro [67]. Sin embargo, la mutua incompatibilidad de estas creencias no impide necesariamente que la secuencia de propuestas y contrapropuestas converja en una división del producto, que es entonces el resultado del proceso de negociación.

De las muchas variantes de la teoría de negociación [68], hay una que ha sido objeto de la atención general y que es extraordinariamente interesante desde el punto de vista metodológico. Se trata de la teoría de Zeuthen-Nash. Esta teoría lleva el nombre de los autores que propusieron dos versiones radicalmente diferentes que, como más tarde demostró John Harsanyi, eran matemáticamente equivalentes [69]. La versión de Nash ofrece un método axiomático para encontrar el resultado normativamente justificado de los juegos cooperativos de dos personas, mientras que la de Zeuthen ofrece un método que nos lleva por etapas, a través de ofertas y contraofertas, hasta un resultado determinado por un solo factor. Dado que ambas versiones conducen al mismo resultado, podemos usar la teoría de los juegos cooperativos sin entrar en conflicto con el individualismo metodológico. Es decir, no suponemos simplemente que el resultado cooperativo se alcanzara sólo porque es necesario, sino que mostramos un mecanismo causal por medio del cual se alcanzará. La solución de Nash está determinada por el supuesto de que se cumplen una serie de condiciones. En primer lugar, no debe haber ninguna diferencia en el resultado porque las recompensas sean medidas de acuerdo con una u otra escala de utilidad, de las muchas que son transformaciones lineales positivas unas de otras. Para explicar esta última expresión debería bastar con señalar que las escalas de temperatura de Celsius y Fahrenheit son transformaciones lineales positivas la una de la otra y sólo difieren en la elección del cero y en la unidad de medición. En segundo lugar, el resultado debe ser el óptimo según Pareto, de forma que resulte imposible mejorar la situación de un actor sin empeorar la de otro. En tercer lugar, debe ser asimétrico, en el sentido de que actores igualmente poderosos deben obtener iguales recompensas. Por último, debe satisfacer la "condición de la independencia de las alternativas no pertinentes", que estipula que la adición de nuevas alternativas a la situación de negociación sólo puede cambiar el resultado si el nuevo resultado es una de las nuevas opciones. La adición de una nueva alternativa no puede jamás hacer que aparezca como resultado una vieja alternativa diferente.

El teorema de Nash afirma que sólo hay una división del producto que satisface esas condiciones, a saber: la división que maximiza el producto matemático de las recompensas. De la forma en que son medidas estas recompensas [70] se desprende un nuevo rasgo de la solución: habitualmente concede la porción mayor del producto conjuntamente obtenido al actor más poderoso. Es el "efecto Matthew" de la teoría de la negociación: al que tiene se le dará. Para un actor pobre, incluso una pequeña ganancia es tan importante que se le puede contentar con ella, mientras que el más opulento puede decir con ecuanimidad: "Lo tomas o lo dejas". El efecto Matthew puede ser considerado como una forma de explotación [71] o al menos como contrario a la justicia distributiva, que exige que se dé más a la persona menos favorecida [72]. Esta desigualdad, sin embargo, es secundaria, porque no existe ninguna base normativa para que la clase capitalista reciba algo. En cualquier caso, el modelo puede resultar atractivo desde el punto de vista de la conducta aun si su interés normativo es escaso. El argumento de Zeuthen demostraba que es posible creer que este resultado será de hecho la consecuencia de la negociación si en cada etapa el jugador cuya pérdida relativa es menor hace una concesión al contrincante [73]. Este enfoque es importante en los casos de negociación que implican una confrontación de una vez por todas sin consecuencias para el futuro, pero no lo es si las partes negociadoras saben que tendrán que negociar de nuevo más tarde y que el resultado de la negociación actual afectará a su futuro bienestar. La negociación salarial tiende de hecho a ser regular, institucionalizada y a veces incluso continua. También la división actual del producto neto entre salarios y ganancias supone una enorme diferencia para el futuro bienestar de las dos clases, ya que parte de las ganancias son reinvertidas. Cuanto menos ganancias le quedan a la clase capitalista, menores son las perspectivas de crecimiento económico y de futuro incremento del consumo.

Kelvin Lancaster propone un modelo que refleja esta doble dependencia temporal de la negociación [74]. Contempla la lucha salarial entre el capital y el trabajo como un "juego diferencial", es decir como una interacción estratégica continua. El modelo, y aún más la teoría general que lo respalda, constituye un importante avance conceptual, con muchas consecuencias para nuestra forma de concebir la explotación, el poder y el capitalismo. La teoría es a la socialdemocracia lo que Marx fue al capitalismo clásico: explica cómo se desarrolla la lucha de clases cuando los trabajadores superan la enajenación sincrónica, pero no la diacrónica. Lancaster supone que los trabajadores y los capitalistas se enfrentan entre sí como grupos organizados, y que no hay otras clases sociales. Supone además que cada una de las dos clases controla una variable económica esencial. Los trabajadores pueden determinar, dentro de ciertos límites [75], la tasa de consumo de la clase obrera con respecto al producto neto actual, mientras que los capitalistas pueden controlar la tasa de inversión con respecto a las ganancias. El supuesto relativo al control de los capitalistas forma parte de la definición del capitalismo, mientras que el supuesto relativo al control de los trabajadores sobre el consumo real refleja el desarrollo del capitalismo desde la época de Marx. En las economías capitalistas modernas, y especialmente en la variante socialdemócrata, muy extendida por la Europa del noroeste, los trabajadores tienen el poder -bien directamente a través de los sindicatos, bien indirectamente a través de los impuestos sobre los beneficios- de retener para sí prácticamente todo el producto neto si lo desean. Este enunciado no es fácil de demostrar por estar enmascarado, pero sí es defendible. En el capitalismo temprano, el consumo de la clase obrera se mantenía al nivel de la mera subsistencia por muchas razones, incluyendo la baja productividad, la debilidad de las organizaciones obreras, el alto grado de cohesión del capitalismo, el rápido crecimiento demográfico y un Estado que defendía a la clase capitalista. En las modernas economías capitalistas de la variante socialdemócrata no se da ninguna de estas condiciones. Es cierto que la clase capitalista sigue siendo fuerte, por cuanto es capaz de imponer disciplina a sus propios miembros,

pero su capacidad de sojuzgar a los trabajadores se ha visto drásticamente reducida, pues si a los trabajadores se les niega la negociación salarial directa, pueden tomar represalias mediante la intervención del Estado y fuertes impuestos sobre los beneficios.

Sin embargo, los trabajadores no utilizan su poder. Lancaster sugiere, correctamente, que esta vacilación se debe a determinados rasgos estratégicos de la situación y al interés de ambas clases en el consumo presente y futuro. De aquí que los trabajadores deban dejar parte de las ganancias a los capitalistas para que se reinvierta y aumente el consumo futuro. Finn Kydland y Edward Prescott sugieren que los trabajadores deberían comprometerse, que los "trabajadores, que controlan la política, podrían optar racionalmente por una constitución que limitara su poder, digamos, de expropiar la riqueza de la clase capitalista" [76]. Esta es una nueva faceta del tema de la abdicación, aquí realizada por los trabajadores y no por los capitalistas, como en el Dieciocho Brumario de Marx. El análisis es incompleto, sin embargo, pues no tiene en cuenta la naturaleza estratégica de la situación, como hace Lancaster cuando observa que tanto los trabajadores como los capitalistas se encuentran ante un dilema. Para ser precisos tenemos:

El dilema de los trabajadores: Si consumen todo ahora, no quedará nada para la inversión y para futuros incrementos del consumo, pero si dejan algo para ganancias, no tienen ninguna garantía de que los capitalistas lo usen para la inversión y no para su propio consumo.

El dilema de los capitalistas: Si consumen todas las ganancias ahora, no quedará nada para la inversión y para futuros incrementos del consumo, pero si invierten las ganancias no tienen ninguna garantía de que los trabajadores no retengan para sí el incremento del consumo generado con ello.

Obsérvese el supuesto de que los capitalistas prefieren el consumo a las ganancias. La tasa de ganancia es fijada por la clase obrera y, por tanto, no puede ser maximizada por los capitalistas. Este argumento no niega la importancia de la maximización de la ganancia, ya que si los capitalistas pueden superar incluso la tasa que se les fija se beneficiarán también en términos de consumo. Obsérvese también que el modelo tiene posibles aplicaciones en muchos contextos. Considérese, por ejemplo, la relación entre una multinacional que controla la tasa de reinversión local de las ganancias creadas a nivel local y el gobierno local que controla la tasa de impuestos sobre los beneficios.

Una estrategia, en el juego propuesto por estos dilemas, sería un perfil temporal de los valores de la variable de control, es decir una secuencia continua de tasas de consumo a partir del producto neto para los trabajadores, y una secuencia de tasas de inversión a partir de las ganancias para los capitalistas. Una solución, tanto aquí como en general, consta de dos estrategias que son óptimas la una frente a la otra. Lancaster demuestra que si se supone que las dos clases maximizan su consumo durante un período de tiempo determinado, el juego tiene una solución. También demuestra que la solución es inferior a la óptima, en el sentido de que implica un consumo total para cada clase menor del que sería posible con un perfil temporal diferente. También es discontinua: en un determinado momento ambas clases pasan de un consumo mínimo a un consumo máximo. En mi opinión, estos resultados dependen demasiado de los supuestos específicos del modelo como para que tengan gran interés. La importancia del modelo es sobre todo conceptual. Muestra cómo pueden los trabajadores tener el poder político, pero ser impotentes si los capitalistas conservan el poder económico; cómo pueden los trabajadores controlar el consumo, pero ser impotentes si los capitalistas controlan la inversión; cómo pueden los trabajadores determinar el presente, pero ser impotentes si los capitalistas determinan el futuro. La explotación de la clase obrera no consiste, pues,

solamente en que los capitalistas se apropien del plusvalor, sino también en que los trabajadores sean excluidos de las elecciones decisivas en materia de inversión que configuran el futuro. O, dicho de otra manera, los trabajadores no sólo se resienten de la explotación, sino también de la falta de autodeterminación [77]. En los países capitalistas donde la socialdemocracia está más avanzada se podría afirmar, como hace Ralf Dahrendorf, que el quid de la lucha de clases está en el poder más que en la riqueza [78].

La teoría de juegos cooperativos de  $n$  personas ha sido aplicada con éxito al estudio de la explotación. En *General theory of exploitation and class*, de John Roemer, se demuestra que los modos de explotación feudal, capitalista y socialista pueden ser descritos por medio de conceptos procedentes de esta teoría [79]. Se dice que un grupo de individuos son explotados cuando podrían mejorar su situación si se sustrajeran a la sociedad de acuerdo con ciertas normas de sustracción. A las diferentes normas de explotación corresponden diferentes normas de sustracción. Así, los siervos eran explotados en el sentido feudal porque podrían haber mejorado su suerte si se hubieran sustraído a la sociedad con su tierra. Los trabajadores son explotados por el capitalista porque podrían mejorar su suerte si se sustrajeran con su parte alícuota de bienes materiales de la sociedad, es decir los bienes de equipo. Y en una sociedad socialista un grupo estaría explotado si pudiera mejorar su suerte sustrayéndose con su parte alícuota de bienes inmateriales, es decir sus conocimientos y habilidades. Mientras que esta última noción es un tanto arriesgada, las descripciones de la explotación feudal y capitalista son muy valiosas, como lo es también la observación de la idea neoclásica de que los trabajadores no son explotados bajo el capitalismo equivale realmente a negar que existe una explotación feudal en las sociedades capitalistas. También es posible realizar enunciados específicos acerca de la intensidad de la explotación utilizando la estructura de la teoría de juegos cooperativos. Consideremos un caso estudiado por Lloy Shapley y Martin Shubik [80], el de la producción agrícola allí donde un solo capitalista es propietario de la tierra y los trabajadores sólo son propietarios de su fuerza de trabajo. ¿Cómo se dividirá el producto entre el terrateniente y los trabajadores si se pueden formar coaliciones entre el propietario y algunos de los campesinos? Shapley y Shubik demuestran que el resultado es peor para los trabajadores de lo que sería bajo una competencia perfecta en la que no permitieran coaliciones de ningún tipo. Esas coaliciones entre trabajadores y propietario se ajustan al principio de "divide y vencerás": los trabajadores se ven debilitados por las triquiñuelas del terrateniente, que les llevan a traicionar a su clase. Aun si los trabajadores fueran demasiado débiles para ponerse de acuerdo en una acción concertada, podrían ser lo bastante fuertes como para impedir estas componendas parciales con el capitalista. En comparación con la negociación colectiva, las negociaciones salariales individuales son signo de debilidad; pero en contraposición a la negociación de una coalición reflejan una incipiente conciencia de clase. La teoría de coalición abarca, pues, simultáneamente el problema de la solidaridad de clase y el de la lucha de clases.

El punto flaco de la teoría de juegos, en su actual estado de desarrollo, es la falta de hipótesis verificables. Hay muchos estudios experimentales sobre el juego, dentro de un marco cooperativo y no cooperativo, pero pocas aplicaciones a contextos no experimentales. El mérito de la teoría consiste, por tanto, sobre todo en esclarecer la naturaleza de la interacción social y en crear categorías de análisis sociológico más precisas. Con todo, confío en que esto sea sólo una situación transitoria y que la teoría de juegos nos ayude cada vez más a entender los problemas sociales e históricos. Mis razones para pensar esto son un tanto apriorísticas. Si se acepta que la interacción es la esencia de la vida social, entonces sugiero que los tres conjuntos interrelacionados de interdependencias antes expuestos captan la interacción mejor que cualquier otra alternativa. La teoría de juegos proporciona sólidos microfundamentos para un estudio de la estructura social y del cambio social. Sin embargo, los problemas de la agregación y el análisis estadístico siguen confundiéndonos cuando nos enfrentamos a casos complejos

de la vida real. Esto no es un argumento para abandonar la búsqueda de microfundamentos, sino una poderosa razón para establecer lazos más fuertes entre el análisis agregado y el estudio de la conducta individual.

Para el marxismo, la teoría de juegos es útil como instrumento para comprender casos mixtos de conflicto y cooperación: cooperación para producir lo más posible, conflicto a la hora de dividir el producto. La teoría de juegos puede ayudar a comprender la mecánica de la solidaridad y la lucha de clases, sin suponer que trabajadores y capitalistas tienen un interés y una necesidad comunes de cooperación, cosa que no tienen. El interés de la clase obrera es suprimir la clase capitalista -y suprimirse a sí misma en cuanto clase asalariada- y no cooperar con ella. Dentro del marco enajenado del capitalismo, sin embargo, este interés pasa fácilmente inadvertido, pues en apariencia existe un interés común, de modo que la acción de la clase obrera seguirá pautas similares a las aquí esbozadas. Sólo mediante el adecuado análisis del mecanismo de esta lucha de clases reformista se puede comprender cómo transformarla en una lucha de clases que aspire a abolir el sistema capitalista.

CITAS:

[\*] "Marxism, functionalism, and game theory. The case for methodological individualism", *Theory and Society*, 11, 1982, pp. 453-82. Traducción de Pilar López.

[\*\*] Jon Elster es profesor adjunto de Filosofía Social e Histórica en la Universidad de Oslo y autor de *Leibniz et la formation de l'esprit capitaliste* (1975), *Logic and society* (1978) y *Ulysses and the Sirens* (1979), *Explaining technical change* (1982) y *Sour grapes* (1983), que trata de la conducta racional e irracional.

[1] El problema filosófico que aquí se plantea es que en los contextos de creencia, deseo, etc., no es posible en general sustituir unas por otras expresiones con la misma referencia sin cambiar el valor real. Podemos temer un objeto descrito de una cierta manera sin temerlo bajo una descripción diferente.

[2] Para un análisis de esta idea, véase mi *Logic and society*, Chichester, Wiley, 1978, pp. 20 ss.

[3] Una convincente exposición acerca de la necesidad de microfundamentos se encuentra en John Roemer, *Analytical foundations of Marxian economic theory*, Cambridge University Press, 1981, cap. 1 y *passim*.

[4] Defiendo esta afirmación más detalladamente en el cap. V de mi *Sour grapes*, Cambridge University Press, 1983.

[5] Para una exposición más completa de mis opiniones sobre la explicación funcional, véase el cap. 2 de mi *Explaining technical change*, Cambridge University Press, 1982; véase también mi polémica con G.A. Cohen en *Political Studies*, XXVIII, 1980, mi polémica con Arthur Stinchcombe en *Inquiry*, 23, 1980, y mi reseña del libro de P. van Parus, *Evolutionary explanation in the social sciences*, Totowa (N.J.), Rowman and Littlefield, 1981, en *Inquiry*.

[6] Para una exposición más completa, véase el cap. 1 de mi *Ulysses and the Sirens*. Cambridge University Press, 1979.

[7] La selección natural implica la competencia entre individuos coexistentes. Arthur Stinchcombe (en su artículo en Lewis A. Coser, comp. *The idea of social structure: papers*

in honor of Robert K. Merton, Harcourt, Brace, Jovanovich, 1975) indica un modelo análogo que implica una selección entre estados sociales sucesivos. El modelo describe el cambio social como un proceso absorbente de Markov, lo cual, para nuestros propósitos, podría resumirse diciendo que las instituciones sufren continuos cambios hasta que llegan a un estado en el que ya no hay presiones para que se produzca un nuevo cambio (el "estado absorbente"). Esta concepción podría ser utilizada como base de la explicación funcional, con la salvedad de que explicaría los estados sociales en términos de la ausencia de consecuencias desestabilizadoras y no en términos de la presencia de consecuencias estabilizadoras. Sin embargo, yo diría que -a diferencia de lo que ocurre en biología- no hay razones para pensar que este proceso de adaptación irá alguna vez a la par del medio social cambiante.

[8] G.A. Cohen, en Karl Marx's theory of history, Oxford University Press, 1978 (La teoría de la historia de Karl Marx, Madrid, Siglo XXI y Editorial Pablo Iglesias, 1961), ofrece una descripción radicalmente diferente de la explicación funcional. Cohen mantiene que las explicaciones funcionales pueden estar sostenidas por leyes de consecuencia del tipo "siempre que x tenga consecuencias favorables para y aparecerá x". Si se establece una ley de este tipo, podríamos afirmar que x se explica por sus consecuencias favorables para y, aun si no se indica ningún mecanismo (aunque Cohen afirma que de hecho debe existir algún mecanismo). Ahora me gustaría añadir lo siguiente a las objeciones (parcialmente erróneas) hechas a esta idea en mi reseña de libro de Cohen en Political Studies (nota 5 supra). En primer lugar, x y el efecto y de refuerzo de x podrían ser a su vez efectos de un tercer factor z y, por consiguiente, estar unidos por una correlación espuria. En segundo lugar, la definición de ley de consecuencia está viciada por la forma imprecisa en que se expresa la dimensión temporal. La ley podría de hecho ser inútilmente confirmada ignorando convenientemente las consecuencias a corto plazo en favor de las consecuencias a largo plazo.

[9] "Social conflict and the theory of social change", en C.G. Smith, comp., Conflict resolution: contributions of the behavioral sciences, University of Notre Dame Press, 1971, p. 60.

[10] "What's wrong with the new institutional economics", reproducido a multicopista, Departamento de Economía, Universidad de Stanford, 1979.

[11] Economic analysis of the law. Little Brown, 1977, p. 106. Se han añadido cursivas y se han quitado paréntesis.

[12] R.K. Merton, Social theory and social structure, edición revisada. Free Press, 1957, pp. 30 ss. (Teoría y estructura sociales, México, FCE, 1964).

[13] P. Bourdieu, La distinction, París, Editions de Minuit, 1979, p. 285. Para un análisis crítico de esta sociodicea invertida, que parte del supuesto de que todo es para mal en el peor de los mundos posibles, véase mi reseña en London Review of Books, 5-18 de noviembre de 1981.

[14] En La distinction he contado 15 apariciones de esta frase.

[15] M. Scheler, Ressentiment, Schocken, 1972, p. 52.

[16] Theories of surplus value, 3 vols., Moscú, Progress, 1963-71, vol. 1, p. 287 (Teorías sobre la plusvalía, 3 vols., México, FCE, 1980, vol. 1, p. 264).

[17] "Ya conoces mi admiración por Leibniz" (Marx a Engels, 10 de mayo de 1870). Para la estructura de la filosofía de la historia de Leibniz, véase el cap. VI de mi Leibniz et la formation de l'esprit capitaliste, París, Aubier-Montaigne, 1975.

[18] El manuscrito consta de 23 cuadernos. De ellos, los números 6 al 15 fueron publicados por Kautsky con el título de Teorías sobre la plusvalía. Los números 1 al 15 y 16 al 18 han sido recientemente publicados en las nuevas Marx-Engels Gesamtausgabe, y los restantes pronto estarán disponibles en la misma edición. Así como los Grundrisse, de Marx, reflejan la influencia de la lógica de Hegel, estos manuscritos atestiguan la influencia de la filosofía de la historia de Hegel.

[19] Theories of surplus value, vol. 3, pp. 422-23 (Teorías sobre la plusvalía, vol. 3, p. 375).

[20] Marx-Engels Gesamtausgabe, 2a. parte, libro 3, sección 1, Berlín, Dietz, 1976, p. 173.

[21] ("¿Quién lamenta los estragos/si los frutos son placeres?/¿No aplastó miles de seres/ Tamerlán en su reinado?"). Ibid., p. 327. Estos versos son citados también en el artículo de Marx sobre "La dominación británica en la India", New York Daily Tribune, 25 de junio de 1853, y, en un sentido más irónico, en Neue Oder Zeitung 20 de enero de 1855.

[22] Capital, 3 vols., International Publishers, 1967. libro III, pp. 660-1 (El capital, 8 vols., Madrid, Siglo XXI, 1975-81, libro III, vol. 7, p. 774). Para la distinción entre el funcionalismo a corto y a largo plazo en el marxismo, véase también Roemer, Analytical foundations, p. 9.

[23] Para un estudio de conjunto, véase B. Jessop, "Recent theories of the capitalist State", Cambridge Journal of Economics, 1, 1977, pp. 353-74, y la introducción a J. Holloway y S. Picciotta, comps., State and capital, Londres, Edward Arnold, 1978. Debería mencionar aquí que por "órgano corporativo" entiendo algo diferente de lo que más tarde es llamado "actor colectivo". El primero se refiere a una Traducciones persona jurídica o, más general, a cualquier tipo de organización formal con un solo centro de toma de decisiones. El segundo es definido más adelante como cualquier grupo de individuos que, por solidaridad o por interés bien entendido, son capaces de superar el problema del francotirador. Otra forma de superarlos es crear un órgano corporativo con capacidad legal o real para mantener la disciplina entre sus miembros individuales, pero en el análisis infra me limito mayormente a la cooperación que surge por tácita coordinación.

[24] New York Daily Tribune, 25 de agosto de 1852.

[25] "The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte", en Marx y Engels, Collected works. Lawrence and Wishart, 1979, p. 143 ("El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte", en Marx y Engels, Obras escogidas, 2 vols., Madrid, Akal, 1975, volumen 1, P. 293).

[26] Tocqueville, en La democracia en América, hace una distinción entre los efectos transitorios de la democratización y los efectos permanentes de la democracia, y también entre el uso ineficaz de los recursos y la creación eficaz de recursos, que son inherentes al buen funcionamiento de la democracia. Para más detalles, véase el cap. 1 de mi Explaining technical change.

[27] Class struggle and the Industrial Revolution, Methuen, 1974, p. 15. De este modo, el funcionalismo marxista explica los mecanismos institucionales del feudalismo por sus consecuencias favorables para el plusproducto, mientras que funcionalistas no marxistas, como D. North y R.P. Thomas (The rise of the Western world, Cambridge University

Press, 1973 [El nacimiento del mundo occidental, Madrid, Siglo XXI, 1978]), explican los mismos mecanismos por sus consecuencias favorables para el producto total.

[28] "The moral economy of the English crowd in the eighteenth century", Past and Present, 50, 1971, p. 120 ("La economía 'moral' de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII", en Tradición, revuelta y conciencia de clase, Barcelona, Crítica, 1979).

[29] Para un análisis de esta falacia, véase mi Logic and society, pp. 118 ss.

[30] Entre los ejemplos más claros están W.J. Chambliss, "The political economy of crime: a comparative study of Nigeria and the USA", en I. Taylor et. al., comps., Critical criminology, Routledge and Kegan Paul, 1975, y W.J. Chambliss y T.L. Ryther, Sociology: the discipline and its direction, McGraw-Hill, 1975, página 348. El enfoque radical, estrechamente relacionado con éste, está ejemplificado por M. Foucault, Surveiller et punir, París, Gallimard, 1975, pp. 277 y passim (Vigilar y castigar, Madrid, Siglo XXI, 1978).

[31] S. Bowles y H. Gintis, Schooling in capitalist America, Routledge and Kegan Paul, 1976, por ejemplo, pp. 103, 114 y 130, ofrece muchos ejemplos de este tipo. En el mismo sentido, véase también M. Levitas, Marxist perspectives in the sociology of educations, Routledge and Kegan Paul, 1974 (Marxismo y sociología de la educación, Madrid, Siglo XXI, 1974). Una versión radical es la de P. Bourdieu y J.C. Passeron, La reproduction, París, Editions de Minuit, 1970, por ejemplo, p. 159 (La reproducción, Barcelona, Laia, 2a. ed., 1981).

[32] H. Bowles y N. Gintis, "The Marxian theory of value and heterogeneous labour a critique and reformulation", Cambridge Journal of Economics, 1, 1977, páginas 173-92; J. Roemer "Divide and conquer: microfoundations of a Marxian theory of wage discrimination", Bell Journal of Economics, 10, 1979, pp. 695-705. La falacia implícita en ambos artículos es la creencia de que, dado que las divisiones internas en la clase obrera benefician a la dominación de la clase capitalista, han de ser explicadas en términos de este beneficio. Sin embargo, esto es confundir cosas que Simmel (Soziologie, Berlín, Dunker und Humblot, 1908, pp. 76 ss. [Sociología, 2 vols., Madrid, Revista de Occidente, 2a. ed., 1977]) llama respectivamente tertius gaudens y divide et impera. Es posible que terceras partes se beneficien de una lucha aun cuando no hayan contribuido a desencadenarla.

[33] Como la corriente a la que Jessop, "Recent theories", p. 364, llama escuela de la "lógica del capital".

[34] Introducción a Holloway y Picciotta, p. 12, donde se describe la obra de Yaffe.

[35] E.O. Wright, Class, crisis and the State, New Left Books, 1978, p. 231 (Clases, crisis y Estado, Madrid, Siglo XXI, 1983, p. 225).

[36] M. Kalecki, "Political aspects of full employment", en Selected essays on the dynamics of the capitalist economy, Cambridge University Press, 1971, páginas 139-41.

[37] "Y por la vida echar a perder los motivos de vivir" (Juvenal), citado por Marx en Neue Oder Zeitung, 12 de junio de 1855.

[38] A. Bhaduri, "A study in agricultural backwardness under semi-feudalism", Economic Journal, 83, 1973, pp. 120-37, y "On the formation of usurious interest rates in backward agriculture", Cambridge Journal of Economics, 1, 1977, páginas 341-52.

[39] R. Rosdolsky, *Zur Entstehungsgeschichte des Marxschen "Kapital"* Francfort, Europäische Verlagsanstalt, 1968, pp. 61-71, se refiere a los pasajes (sobre todo de los Grundrisse) donde Marx desarrolla el concepto de "capital en general".

[40] Para un panorama de las alternativas al proyecto intencional, véase P. van Parijs.

[41] *The fiscal crisis of the State*, St. Martin's, 1973, pp. 69-70 (La crisis fiscal del Estado, Barcelona, Península, 1980). En J. Hirsch, *Staatsapparat und Reproduktion des Kapitals*, Francfort, Suhrkamp, 1974, p. 54, y N. Poulantzas, *Pouvoir politique et classes sociales*, París. Maspero, 1968, p. 310 (Poder político y clases sociales, Madrid, Siglo XXI, 1972), se ofrecen explicaciones del Estado del bienestar estrechamente relacionadas.

[42] Van Parijs, *passim*; también *Ulysses and the Sirens*, cap. I

[43] Un tratamiento habitual es el de R. D. Luce y H. Raiffa, *Games and decisions*, Wiley, 1957. Algunos problemas no habituales son planteados en *Ulysses and the Sirens*, especialmente cap. 3.

[44] Para una ampliación de mi crítica del estructuralismo y la teoría de roles, véase *Ulysses and the Sirens*, cap. III. I y III.6.

[45] Esto podría ser, en parte, lo que Marx quería decir con su afirmación en el Manifiesto comunista: "En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en la que el libre desarrollo de cada uno será la condición del libre desarrollo de todos". (Otra posible lectura es la indicada en la nota siguiente). Si en este pasaje se permutan "todos" y "cada uno", la expresión resulta más correcta. Una debida comprensión de la antropología filosófica que se esconde tras esta afirmación presupone la idea de que incluso para el individuo aislado el libre desarrollo de todas las facultades es la condición del libre desarrollo de cada una de las facultades (*The German ideology*, en Marx y Engels, *Collected works*, Lawrence and Wishart, 1976, página 5 y 262 [*La ideología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1970]). La persona libremente desarrollada es a la vez una totalidad de facultades libremente desarrolladas y una parte de una totalidad de personas libremente desarrolladas. La hipertrofia es la atrofia en el individuo y en la sociedad.

[46] Sin embargo, hay un cuarto tipo de interdependencia que no tiene cabida en la teoría de juegos. Podrá resumirse diciendo que las preferencias de cada uno dependen de las acciones de todos mediante la socialización y mecanismos más odiosos, tales como el conformismo, el decir que las "uvas están verdes", etc. La teoría de juegos da por supuestas las preferencias y no se ocupa para nada de su formación. La transformación del "dilema del prisionero" en un "juego de la seguridad" (véase *infra*) debe ser explicada por la psicología social y no por la teoría de juegos. Podemos explicar intencionalmente la conducta en términos de preferencias, pero éstas han de ser explicadas causalmente.

[47] Para versiones de  $n$  personas de algunos de los juegos aquí analizados, véase A. Sen, "Isolation, assurance and the social rate of discount", *Quarterly Journal of Economics*, 80, 1967, pp. 112-24. Para un tratamiento de las preferencias heterogéneas en los juegos de  $n$  personas, véase la brillante estructura desarrollada por T.S. Schellings, *Micromotive and macrobehavior*, Norton, 1978.

[48] El análisis más general, que permite coaliciones superpuestas, es el de J. Harsanyi, *Rational behavior and bargaining equilibrium in games and social situations*, Cambridge University Press, 1977. La teoría económica del núcleo resulta fácilmente comprensible

gracias a W. Hildebrand y A.P. Kirman, *Introduction to equilibrium theory*, Amsterdam, North Holland, 1976. Entre las aplicaciones a la ética está la de John Roemer, *A general theory of exploitation and class*, Harvard University Press, 1982, y Roger Howe y John Roemer, "Rawlsian justice as the core of a game", en *American Economic Review*.

[49] *The logic of collective action*, Harvard University Press, 1965, cap. 4.

[50] Para una tipología más detallada, véase A. Rapoport, M.J. Guyer y D.G. Gordon, *The 2 X 2 game*, University of Michigan Press, 1976. Para otros análisis de la relación entre las estructuras de preferencias aquí estudiadas, véase S.C. Kolm, "Altruismes et efficacités", *Social Science Information*, 20, 1981, pp. 293-344, y R. van der Veen, "Meta-rankings and collective optimality", *Social Science Information*, 20, 1981, pp. 345-74.

[51] Para un breve análisis de algunos casos mixtos, véase mi "Introduction" a los artículos de Kolm y Van der Veen, citados en la nota anterior. Véase también Schelling.

[52] A. Sen, *On economic inequality*, Oxford University Press, 1973, cap. 4 (Sobre la desigualdad económica, Barcelona, Crítica, 1979).

[53] La cuestión es que una actuación unilateral de acuerdo con el imperativo categórico puede ser francamente inmoral. Un ejemplo notable podría ser el desarme unilateral si la situación fuera tal que los otros países se apresuraran a llenar el vacío de poder. En lugar de actuar de una forma que condujera a buenos resultados, si todos hicieran lo mismo, habría que actuar de forma que se promoviera el bien partiendo de supuestos realistas acerca de lo que es probable que hagan los otros. Una escasa moralidad, como una escasa racionalidad, puede ser una cosa peligrosa. Es necesaria una "teoría moral del segundo óptimo", correspondiente a la teoría económica del segundo óptimo, que muestra que si de  $n$  condiciones para un óptimo económico no se cumple una, el óptimo puede estar más cerca de ser alcanzado si se violan las condiciones adicionales (R.G. Lipset y K. Lancaster, "The economic theory of second best", *Review of Economic Studies*. XXIV, 1957-58, pp. 133-62).

[54] C. Taylor, "Interpretation and the sciences of man", *Review of Metaphysics*, 25, 1971, p. 31.

[55] *Ibid.*, pp. 31-32.

[56] J. P. Sartre, *Critique de la raison dialectique*, París, Gallimard, 1960, páginas 417, 404 ss. (Crítica de la razón dialéctica, Buenos Aires, Losada).

[57] A. Stinchcombe, *Theoretical methods in social history*, Academic Press, 1978, p. 54.

[58] *Ibid.*, p. 41.

[59] Olson, p. 106.

[60] Para más detalles acerca de este juego (llamado a menudo chicken, por un conocido ritual de la cultura juvenil americana), véase A. Rapoport, *Two-person game theory*, University of Michigan Press, 1966, pp. 140 ss.

[61] Luce y Raiffa, p. 107.

[62] Estoy en deuda con Ulf Torgersen por esta observación. Véase también A. Stinchcombe, *Constructing social theories*, Harcourt, Brace and World, 1968, p. 157, para un análisis y más referencias.

[63] Olson, pp. 29-30.

[64] Para una teoría general de superjuegos, véase M. Taylor, *Anarchy and cooperation*, Wiley, 1976. Para aplicaciones a la competencia y a la cooperación entre empresas, véase M. Friedman, *Oligopoly and the theory of games*, Amsterdam, North-Holland, 1977.

[65] "New Deal, old game: competition and collective action among American capitalists, 1925-1934", manuscrito inédito, Universidad de Chicago, Departamento de Ciencias Políticas, 1979.

[66] "The labor theory of value", *Marxist Perspectives*, 3, 1978, pp. 70-101.

[67] A. Coddington, *Theories of the bargaining process*, Allen and Unwin, 1968, páginas 58 ss.

[68] Para un estudio de conjunto, véase Coddington y los artículos recopilados en O. Young, comp., *Bargaining*, University of Illinois Press, 1975.

[69] Para una explicación completa, véase Harsanyi.

[70] Las recompensas se miden en utilidades cardinales, construidas a partir de las preferencias del individuo sobre otras alternativas, algunas de las cuales pueden ser producto del azar (Luce y Raiffa, cap. 2). Esto otorga gran importancia a la actitud frente al riesgo. Normalmente, el rico será menos enemigo del riesgo que el pobre.

[71] Tal vez Marx estuviera pensando en algo así cuando escribió que, en algunas formas de comercio internacional, el "país rico explotará al pobre (aun cuando este último gane con el cambio)" (*Theories of surplus value*, vol. 3, p. 106 [Teorías sobre la plusvalía, vol. 3, p. 91]).

[72] Este requisito podría ser defendido o bien por razones utilitarias, ya que el pobre sacará, en general, más utilidad de un determinado incremento de la renta, o bien sobre la base del "principio de diferencia" (J. Rawls, *A theory of justice*, Harvard University Press, 1971 [Teoría de la justicia, México, FCE, 1979]), que dice que hay que maximizar el bienestar del menos favorecido.

[73] "Pérdida relativa" significa la diferencia entre la demanda y la oferta dividida por la demanda. "Concesión" significa hacer una nueva demanda que suponga para el contrincante la menor pérdida relativa posible.

[74] K. Lancaster, "The dynamic inefficiency of capitalism", *Journal of Political Economy*, 81, 1973, pp. 1092-1109. Otros desarrollos del modelo son el de M. Hoel, "Distribution and growth as a differential game between workers and capitalists", 19, 1978, pp. 335-50; y, muy importante, el de A. Przeworski y M. Wallerstein, "The structure of class conflict in advanced capitalist societies", ponencia presentada en la Asamblea anual de la American Political Science Association, agosto de 1980.

[75] Estos límites son necesarios para que el juego tenga una solución, pero pueden ser arbitrariamente fijados en cerca de  $\infty$  y 100 por ciento, respectivamente, y por consiguiente no restringen el modelo de una manera sustancial.

[76] "Rules rather than discretion: the inconsistency of optimal plans", *Journal of Political Economy*, 85, 1977, pp. 473-92.

[77] L. Kolakowski, *Main currents of Marxism*, Oxford University Press, 1978, 3 vols., 1 p. 333 (*Principales corrientes del marxismo*, 2 vols., Madrid, Alianza, 1980), define la explotación en términos de los "poderes exclusivos de decisión" que tienen los capitalistas. Similarmente, E.O. Wright, en diversas obras (por ejemplo, *Class structure and income determination*, Academic Press, 1979, páginas 14 ss.), añade la autoridad a la extracción de plusvalor como componente de la explotación y la clase. John Roemer (*A general theory of exploitation and class*) adopta la postura más ortodoxa de que la falta de poder sobre las decisiones económicas es distinta de la explotación.

[78] A este respecto habría que señalar que incluso los marxistas que aceptan que las relaciones de autoridad son un componente de la clase se limitan a las relaciones de mando y subordinación dentro de la empresa, mientras que Dahrendorf hace extensiva la noción a las relaciones de autoridad en cualquier organización.

[79] Roemer afirma también, de forma más ambiciosa, que se puede definir la explotación en términos de alternativas hipotéticas. En mi contribución a un simposio sobre la obra de Roemer (*Politics and Society* 11, 3, 1982) mantengo que esta propuesta tiene consecuencias contraintuitivas, aunque sigue siendo cierto que hay casos importantes de explotación que pueden ser descritos (no por definición) en la forma que él propone.

[80] "Ownership and the production function", *Quarterly Journal of Economics*. 80, 1967, pp. 88-111.